

UNAMUNO Y ORTEGA, FRENTE A FRENTE *

P O R

PAULINO GARAGORRI

Hace algunos años, en una nota que llevaba mi libro *Ortega, una reforma de la filosofía* (1958), decía en ella: «Las relaciones entre Unamuno y Ortega serán uno de los capítulos mayores en la historia del pensamiento español de nuestro tiempo. Y por ello me parece algo frívolo entrar en el tema, conforme hoy se hace, de manera injustificada; es decir, sin disponer de razones suficientes para esclarecerlo y atreverse a dar improvisadas interpretaciones de los hechos. Para interpretar es menester un previo conocimiento de la intimidad de tales relaciones que, me parece, no consta públicamente. Si alguien tuvo acceso a esa intimidad no dejará de contarlo algún día; y también su correspondencia—de la que lo publicado por Unamuno en 'Almas de jóvenes' (*Obras completas*, vol. III, p. 469, Madrid, 1950) es ejemplo—aportará cuando se publique un testimonio capital. Cabe esperar bastante de la de Unamuno, dada su inclinación al género epistolar; pues, ciertamente, en sus cartas a Clarín hay páginas de impresionante intimidad. Pero entretanto, asociar sus nombres sin especiales motivos o sin muy delicadas precisiones me parece inoportuno.» Pero hoy contamos ya con numerosos datos y diversos autores han insistido en el tema (1). Sin embargo, mi impresión se aleja bastante de cuantas recuerdo; pues estimo que lo primario para interpretar esa relación no son los textos en que recíprocamente se aluden, ni sus respectivas figuras tal y como se nos aparecen hoy a nosotros, sino la vivencia de lo que fué el enfrente de sus personalidades y de sus proyectos. Todo lo demás son vestigios o efectos ya impersonales de ese acontecimiento.

Si aspiramos a entender la relación que hubo entre ellos, lo que ante todo nos importa será el lograr imaginarnos su viviente encuentro, lo que mutuamente se significaron en sus vidas, es decir, en qué

* Capítulo de un libro en preparación sobre la filosofía contemporánea en España.

(1) Los principales datos se contienen, aparte de en sus escritos coleccionados en sus respectivas ediciones de *Obras completas* (ambas en curso de aparición), en su mutuo epistolario publicado—*Revista de Occidente*, octubre 1964—, en el de Ortega con Navarro Ledesma—*CUADERNOS*, noviembre 1962—, en los de Unamuno con Pedro de Múgica—*Mapocho*, año II, núm. 2, 1964—, con Juan Arzadun—*Sur*, núms. 119/120, 1944—, con «Clarín»—Madrid, 1941— y con Alberto Nin Frías—Buenos Aires, 1962.

grado fueron el uno para el otro ventaja o inconveniente de su respectiva circunstancia. Sería fácil componer una considerable antología paralela con expresiones extraídas de ambos, que, al pronto y en apariencia, se asemejarían sensiblemente; pero si se ajusta la letra al espíritu, si se procura entender esas frases mediante los conceptos propios a cada cual, se advertirá un alcance divergente cuando no sea opuesto. Por ello, la posible articulación que pudiera obtenerse entre sus doctrinas mediante la afinidad o discrepancia de su obra escrita es una tarea escolástica, y como tal engañosa e irreal; pero, desde luego, muy susceptible de dar entretenido trabajo a quienes todavía creen en una historia de las meras ideas que entre sí se suceden lógicamente por sus contenidos.

Pero ¿es posible lograr esa visión que buscamos? Aunque en forma insuficiente, voy a atreverme a trazar un apunte de ella, omitiendo aludir a sus polémicas más notorias y aduciendo testimonios menos conocidos. Como Ortega fué muy precoz, podemos imaginar que su primer encuentro con Unamuno en Salamanca, como examinando y examinador en 1898, teniendo, pues, quince y treinta y cuatro años, respectivamente, no carecerá de alcance, pues sabemos, por decirselo Ortega a Unamuno en carta del 6-VI-1923, que su padre, Ortega y Munilla, le predispuso hacia la estimación de Unamuno. Pero, en todo caso, una visión personal de la figura de Unamuno por parte de Ortega no se hizo esperar, y ya en la primera carta conservada de su epistolario (6-I-1904) hallamos que el joven Ortega resueltamente se enfrenta con él y le caracteriza, afirma que no le convence y señala su propio y diferente rumbo. En ella está ya planteada e *in nuce* definida su disparidad. Y ésta resulta ser tan profunda y enérgica, y será luego tan ininterrumpida, que la primera cuestión que parece necesario plantearse e intentar esclarecer es el porqué de la atención que Ortega le prestó inicialmente, a pesar de no sentirse unido a él. Creo que esa razón puede aventurarse y que se encuentra situada en el más profundo nivel de sus vidas, es decir, en lo que podían representar el uno para el otro dada la idea que de sí mismo tenía cada cual; donde, por idea de sí mismo, me refiero sobre todo a la misión que se creían llamados singularmente a cumplir. En la proximidad de sus aspiraciones—que eran su respectivo proyecto de vida—es donde hay que buscar el principio de su muy singular vinculación y distanciamiento.

El dato inicial de la historia de la continuidad que intentamos bosquejar procede, claro está, de Unamuno (2). Don Miguel de Una-

(2) Aunque si el tema de este libro se abarcara desde su principio habría que recordar a Clarín y a Ganivet, pues tanto Clarín (1852-1901) primero, como

munero llegó a ser profesor de griego en la Universidad de Salamanca, como es bien sabido, por mero azar, es decir, porque tras fracasar en anteriores oposiciones ganó éstas en 1891 a los veintisiete años y ya casado (3). Los anteriores tanteos y sus abundantes confidencias epistolares nos hacen saber que sus pretensiones fueron y siguieron siendo por algún tiempo inciertas. Al estabilizarse como helenista decidió ser filólogo, pero pronto frente a esa limitación fué despertándosele una vocación más ambiciosa y compleja. Según se comprueba, por ejemplo, en la recién publicada correspondencia con Pedro de Múgica, pasó pronto a considerar a la filología como un instrumento para estudiar «la psicología del pueblo y la evolución del pensamiento», y llega a rebelarse contra ella y a despreciarla porque España necesitaba de muy graves reformas, y él quiere acudir al empeño con medios que no sean las «disquisiciones de la filología». En 1903 (2, XII) escribió a Múgica: «Desde hace algún tiempo... se va formando en mí una profundísima persuasión de que soy un instrumento para contribuir a la renovación espiritual de España. Toda mi vida desde hace algún tiempo, mis triunfos, la popularidad que voy alcanzando, mi elevación a este rectorado, todo ello, me parece enderezado a ponerme en situación tal de autoridad y de prestigio que haga mi obra más fructuosa... Y siento mi obra, la siento, veo mi camino futuro y me siento llamado a él por una fuerza consciente y personal superior a mí... España necesita de mí.» La misión política, social, de que Unamuno se considera investido será esa en lo sucesivo durante toda su vida: la de un reformador de la cultura y de la vida española. Ya de antemano su aproximación al socialismo tuvo parejo signo: «El socialismo es, ante todo, una gran reforma moral y religiosa, más que económica; es todo un nuevo ideal para sustituir al de los pacíficos y dañinos burgueses ocupados en sutilezas y entretenimientos de ociosos» le escribía a Múgica (28-V-1893).

Pues bien, el Unamuno que interesaba a Ortega no es tanto, a mi juicio, el autor de sus más notorios escritos cuanto el misionero de esos proyectos de reforma moral e intelectual de la vida española. Por

Ganivet (1865-1898), significan un singular esfuerzo de integración europea y de elaboración filosófica que refluye sobre Unamuno; sin que sea aquí necesario recordar a Julián Sanz del Río (1814-1869) y su corriente, pero quizá sí a José del Perojo (1852-1908), autor de unos *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania* (Madrid, 1875), tan estimables como olvidados, de una primera versión castellana de la *Crítica de la razón pura* (Madrid, 1883, vol. I), y fundador de la notable *Revista contemporánea*, publicada desde 1875 a 1907, a la que asestó Menéndez Pelayo sus juveniles trabucazos.

(3) Dato que ha esclarecido Emilio Salcedo en su notable *Vida de Don Miguel* (Salamanca, 1964), en la que tantos aspectos y hechos de Unamuno se ofrecen con insólita claridad. Una de las más noticiosas aportaciones sobre nuestro tema es también obra del mismo autor; véase «Unamuno y Ortega. Diálogo entre dos españoles», en *Cuadernos de la Cátedra Unamuno*, VII, Salamanca, 1956.

la profunda razón de que Ortega, a su vez, va muy pronto a convertir en argumento de su vida a un proyecto análogo al asumido por Unamuno. Inicialmente, Ortega experimentó también algunas fluctuaciones al sentirse atraído por la ciencia—física y natural—y también precisamente por la filología, aunque como medios para llegar a la filosofía según consta en sus cartas a Unamuno y a Navarro Ledesma, entre otros lugares; pero muy joven (porque, según he recordado fué precoz, a diferencia de Unamuno, lo que le facilitó el llegar a equilibrarse con él), y también en buena parte por el camnio del socialismo, se sintió llamado a convertir su vida en «servicio de España» y su obra en tarea capaz de llevar a cabo esa posibilidad de Europa que era la «interpretación española del mundo».

Sin duda, Ortega debió de ver en Unamuno una «fuerza» personal y social que se le aparecía como la más valiosa de cuánto en la vida nacional le podía interesar que llegase a converger y a sumarse con sus propios proyectos. Hoy es fácil pensar que esta presunción de Ortega era impracticable, pero es visible que le costó aceptar esa imposibilidad; y es lo cierto que si Ortega y Unamuno hubieran llegado a actuar sumando sus fuerzas en un frente concertado, parecen verosímiles unos logros tan considerables que se comprende que su frustración fuese luego para Ortega un cilicio (4). Los propósitos de actuación social de Ortega pueden situarse entre 1908 y 1911. Conviene no omitir en la perspectiva de su vida este intento, aunque en parte—consta su discusión con G. Maura y sus intervenciones en 1910, en Bilbao y en Madrid—resultase fallido, en cuanto precedente a su más conocida y lograda actuación de 1914; pero esto no es ahora nuestro tema.

Ciertas afirmaciones de un artículo de Ortega, que data de septiembre de 1908, me parecen excepcionalmente expresivas; alude Ortega a otro artículo suyo, en el que se había referido a un discurso de Unamuno, y escribe: «Creía haber compuesto en ellos (en sus párrafos aludidos) una apología prudente de la acción política que con tanto nervio y firmeza va ejerciendo sobre la muerta nación el rector de Salamanca. Ni podía hacer yo otra cosa cuando las ideas políticas de Unamuno son exactamente las mismas que trato de defender con la ruín lancilla de mi pluma... Unamuno, el político, el campeón, me parece uno de los últimos baluartes de las esperanzas españolas, y sus palabras suelen ser nuestra vanguardia en esta nueva guerra de independencia contra la estolidez y el egoísmo ambientes. A él sólo

(4) Que Ortega fué un hombre con don de mando y ánimo concertador es tan patente como el que Unamuno no aspiró a tenerlos, pero es igualmente consabido que, de hecho, Unamuno aunó voluntades y supo polarizar amplios movimientos de orden político y social.

parece encomendada por una divinidad sórdida la labor luciferina —*Aufklärung*— que en el siglo XVIII realizaron para Alemania un Lessing, un Klopstock, un Amann, un Jacobi, un Herder, un Mendelssohn. Y aunque no esté conforme con su método, soy el primero en admirar el atractivo extraño de su figura, silueta descompasada de místico energúmeno que se lanza sobre el fondo siniestro y estéril del achabacamiento peninsular, martilleando con el tronco de encina de su yugo sobre las testas celtibéricas. Pero si Unamuno dice, como no hace mucho en *Faro*, que Madrid es lo único europeo de España, y poco después en Bilbao, que Madrid es un patrimonio de la frivolidad, me reservo el derecho de pensar que esas caprichosas psicologías de las ciudades son tonterías, imprudencias o injusticias. El espíritu de Unamuno es demasiado turbulento y arrastra en su corriente vertiginosa, junto a algunas sustancias de oro, muchas cosas inútiles y malsanas. Conviene que tengamos fauces discretas» (*Obras completas*, I, 117).

Así, pues, aunque discrepe en el «método», aunque en definitiva el arqueo de lo que arrastra en su vértigo Unamuno sea muy desfavorable—algunas frente a muchas—, resulta bien explícito, y sin duda enteramente sincero, el apoyo de Ortega al Unamuno político, campador, baluarte de esperanzas, vanguardia de la guerra luciferina. Lo confirman además dos artículos de Ortega—uno de ellos es el aludido en la cita precedente—consagrados a glosar dos conferencias de Unamuno en Bilbao: la primera en «El Sitio», sobre «La conciencia liberal y española de Bilbao» (*Obras completas*, VII, 756), y la segunda en el «Círculo Socialista» (5). En sus dos artículos, «Glosas a un discurso» (*El imparcial*, 11-IX-1908) y «Nuevas glosas» (*Ibidem*, 26-IX-1908), Ortega extracta y se adhiere con fervor tanto al liberalismo como al socialismo profesados por Unamuno (6), pero a la vez encabeza el primero de ellos con este párrafo: «De cuando en cuando, don Miguel de Unamuno abandona las piedras sublimes de Salamanca, rojas de místico fervor, y va a buscar por la muerta campaña del alma española una liza donde romper algunas lanzas en pro de la libertad de la cultura. Y acaso haya de causarle grave enojo diciendo que sus poesías y sus comentarios al *Quijote*, con ser bellas y muy dignas de lectura, serán probablemente olvidadas por los españoles de 1950, en cuya memoria habrá, en cambio, de perdurar este otro Unamuno *campidoctor*. Casi siempre ocurre que las gentes estimen, sobre todo

(5) Esta conferencia no se ha recogido en sus *Obras completas*. Véanse las aclaraciones de Manuel García Blanco en el vol. VII, p. 112. Como es sabido, tampoco la obra política de Ortega consta en sus *Obras completas* publicadas hasta la fecha.

(6) Para el estudio del socialismo de Ortega, tema al que antes aludí y del que me ocuparé en otra ocasión, estos dos artículos son un testimonio de singular interés.

en nosotros, lo que menos quisiéramos que estimaran, y acontece casi siempre que las gentes llevan razón. Unamuno siente un poco de desdén hacia los que, como yo, aplauden su política y reducen al valor de una anécdota su metafísica. Y, sin embargo, el espíritu de Unamuno vagabundea por los sistemas filosóficos y por los géneros literarios, sin hallar en ninguno madurez, al paso que en la política ha encontrado convicciones permanentes, y por tanto sustantivas.» El texto es, pues, tan inequívoco en cuanto testimonio del sentir de Ortega, que no requiere a su vez glosa ninguna (7).

Pero ocurre que la alianza política no llegó a producirse. Federico de Onís, en un artículo que se destaca entre lo más interesante que sobre nuestro tema se ha publicado, cuenta cómo asistió al humo de las velas de una entrevista que fué, al parecer, crucial para el intento (8). Y el propio Onís años más tarde, según refiere en el mismo artículo, fué el encargado; al parecer por comisión de Ortega, de solicitar la ayuda de Unamuno para la «Liga de educación política española». Unamuno rehusó y su nombre no figura entre el centenar de los que constan en la primera edición (Editorial Renacimiento, Madrid, s. a.) de la conferencia programática «Vieja y nueva política», de 1914. La aspiración hacia una empresa común pertenecía ya al pasado.

La correspondencia cruzada—y conservada—entre Ortega y Unamuno contiene un testimonio capital del proceso de su estimación y repulsa, y viene a probar en su conjunto que a Ortega le perturbaba el Unamuno real y existente tanto como le interesaba un Unamuno virtual que don Miguel nunca hizo suyo. Además, un complemento de su recíproca correspondencia epistolar, en buena parte incluso más representativo porque franquea lo que espontáneamente sentían, se contiene en las cartas por ambos dirigidas a terceros y en las que el

(7) En una carta de Ortega a Navarro Ledesma (28, V, 1905) alude al valor de los resultados «obtenidos» por la acción social de Unamuno. Y en su conferencia «La pedagogía social como programa político», de 1910 (*O. C.*, I, p. 521), también subraya Ortega que Unamuno a pesar de presentarse como «africanizador» es «uno de los directores de nuestros afanes europeos».

(8) «Ortega joven», en *Asomante*, núm. 4, 1956. También Hernán Benítez ha referido algún detalle de la entrevista; en *El drama religioso de Unamuno* (Buenos Aires, 1949) dice: «Allá por el año 1909—solía contar la anécdota el propio don Miguel a sus más íntimos—llegó a Salamanca Ortega con el propósito de iniciar un movimiento de regeneración nacional, poniendo a su frente a Unamuno. Entrevistáronse ambas eminencias. Tomó la palabra Ortega. Ofale don Miguel en silencio, silencio no raro en él cuando se proponía callar. Propuso el proyectista su amplio plan de regeneración española. Reiteró una y otra vez lo dicho; hasta que al fin lo paró don Miguel con un gesto muy suyo y muy expresivo, y le dijo por toda réplica: "Le he entendido bien, don José. Quiere usted que yo sea el padre del movimiento y usted el espíritu, ¿no es así? Bueno, sepase que yo soy la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo". Y así comenzó un distanciamiento de treinta años.»

otro—Unamuno y Ortega—aparecen. Por ejemplo, en carta de Ortega a Navarro Ledesma, desde Leipzig (18-IV-1905), le dice refiriéndose a la *Vida de don Quijote y Sancho* recién publicada: «... He leído el libro de don Unamuno de Vizcaya: casi todas las ideas de dicha obra me parecen bien, tanto que en un *ensayo* que por vía de *ensayo* había yo aquí compuesto y terminado aún no hace una semana, se hallaban casi todas; pero este hombre presenta sólo las conclusiones y no tiene la caridad de ofrecer el camino para que se llegue o por que se ha llegado a ellas, de suerte que no creo lo entiendan. Además ha tenido el secreto de hacer sobre el libro más simpático (en sentido científico) del universo, el libro más antipático y repelente de la tierra. Por otra parte, ha confundido el héroe, el *entusiasmador* con el energúmeno, y esto es el libro: la obra de un energúmeno. Dice muchas cosas valientes; pero muchas más y bien fructíferas escribieron un tal Renan y un *nommé* Taine y no dieron en gritar ni en sudar ni en verter en público sus intimidades. Comete, además, dos errores, uno de ellos indignante: el primero suponer que sólo mueve al hombre el ansia de gloria al querer hacer algo más que lo vulgar y corriente. Esto es muchas veces pero no siempre. Y segundo, el desconsiderar a Cervantes, cuando acaso no existirá otra obra (de las que son como evangelios humanos hablo) que sean más obra y carne y sangre de su autor que ésta. Pero, en fin, todo esto de Unamuno carece de importancia: ese hombre cree que se funda una religión así, en dos paletas sin más ni más, haciendo media docena de cabriolas y pegando cuatro gritos o diciendo *recluso, remejer* y *desentoñar*. A otra cosa» (9). Este y otros rasgos semejantes mani-

(9) Recuérdese lo que Unamuno escribía a Andrés Nin (15-VIII-1904) sobre su libro: «Estoy muy contento, contentísimo, porque creo haber escrito mi obra capital y comprensiva, aquella en que he puesto más alma, más pensamiento y más vida, y a la vez un ensayo de genuina filosofía española. El caso es que haré cosa de dos meses cogí un día el Quijote y una cuartilla de papel, y encabecé ésta así «La vida de Don Quijote y Sancho, según Miguel de Cervantes, explicada y comentada por Miguel de Unamuno», abrí aquél y empezando por su primera línea fui entretrejiendo con sus pasos y pensamientos culminantes mis libres meditaciones. Y trabajando en ello a diario, y hasta cinco horas algún día, he terminado mi labor, que redondeo ahora. Me ha resultado una filosofía y más bien una teología a la española, a la genuina española».

Por otra parte, es sabido por confesión del propio Ortega (*O. C. I*, 58) que Francisco Navarro Ledesma significó mucho para él, y, según creo, éste no experimentaba precisamente coincidencias con Unamuno. Véase la carta de Unamuno a Ganivet, del 20-XI-1898, en *Insula*, núm. 35, noviembre 1948. Otro detalle lo confirma: en la revista *Helios* (que fué una publicación de excepcional calidad) se quiso rendir, en 1903, un homenaje a Góngora, que se frustró, pues sólo se obtuvieron y publicaron dos aportaciones, una de Unamuno y otra, a continuación, de Navarro Ledesma. Unamuno, tras de afirmar que ha intentado leer *Las soledades* y *El polifemo*, dice: «No tengo razón alguna para suponer que Góngora no quiso decir allí algo; pero yo no he acertado a dar con lo que quiso decir», y no cree que valga la pena el esfuerzo por comprenderlo (luego arremete

fiestan un estado de crítica y despegue que componía el sentir de Ortega desde esas fechas, a pesar de las expresiones de interés—quizá más bien de afecto por su persona—que aparecen en su epistolario, a pesar del elogio que, junto a múltiples censuras y reticencias, y respecto a su calidad como escritor, pensó dirigirle en carta del 17-II-1907, que no le fué enviada (10).

Pero si como públicos reformadores de la vida nacional su labor no llegó a concertarse ni a tener continuidad, pues incluso cuando Ortega, al ser Unamuno atropellado por Bergamín, se lanzó a auxiliarle, lo hizo como quien pacta una tregua sin hacer la paz: «Mi estado de perpetua polémica con usted—le escribe—me da en este asunto una gran libertad de movimientos. De un modo u otro venceremos. Luego seguiremos nuestra polémica»—12-IX-1914—(11); a pesar de ello, ¿cabría pensar que en su obra doctrinal sí pudo producirse? El

contra el «modernismo», que es la inspiración tutelar de la revista). Pero Navarro Ledesma viene a decir todo lo contrario: que Góngora es inteligible y admirable. Por cierto, que este atinado testimonio de Navarro Ledesma (*Helios*, año I, tomo I, p. 477: «Del pobre don Luis de Góngora») se ha olvidado en los lugares donde uno esperaría encontrarlo recordado, pero esto es lo que ocurre con toda su obra, menospreciada por esa torpe capacidad de olvido que es la más permanente institución nacional.

(10) A pesar de lo cual la hemos incluido en la selección publicada de su epistolario, pues el doble hecho—de escribirla y no enviarla—encierra notable significación y porque además lo que en ella adelanta Ortega acerca de su visión del *Quijote* contiene afirmaciones del mayor interés como expresión de su germinal pensamiento filosófico. En otra carta de fecha próxima (3-I-1907), tras insistir en su permanente discrepancia, le escribe estas líneas reveladoras: «Yo espero que, discreto o necio, tome cuanto le digo con la pureza con que se lo digo. Aunque le injurie alguna vez, bajo la injuria sabe usted muy bien que va mi altísima estimación y algo más, una extraña forma de cariño que no he acertado aún a explicarme.»

(11) En análogos términos se expresa luego Ortega en su conferencia de 1915, en Bilbao—«En defensa de Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, núms. XIV-XV—, con motivo de la destitución de Unamuno: «En fin, un tercer motivo hace del asunto sobre que voy a hablar un tema que acожo con entusiasmo. Me refiero a mi posición personal respecto a don Miguel de Unamuno. Los que seguís con alguna atención el desenvolvimiento de la ideología española no ignoráis que soy enemigo extremo del señor Unamuno, y que él me devuelve con creces esta hostilidad intelectual. Desde hace años vivimos en una incesante contienda, áspera en ocasiones, y no creo que el ex rector de Salamanca haya escrito contra nadie mayor número de párrafos que contra mí. Por consiguiente, el acudir yo ahora presuroso a su defensa hace evidente que con su destitución no ha sido él solo el herido, sino algo de tal amplitud e importancia que yendo más allá de nuestras divergencias lo encontramos formando aquello que en nosotros había de común. Reñamos un combate cuerpo a cuerpo, pero en toda lucha cuerpo a cuerpo hay siempre un momento que hace de ella un abrazo. Salvando las distancias del mérito personal, yo diría que competíamos el uno contra el otro, pero ambos por unas mismas cosas: por el triunfo del espíritu y por las altas esperanzas españolas. Y éstas son las cosas que han sido holladas y escarnecidas en la destitución del señor Unamuno, y una profunda lealtad nos obliga a suspender un instante nuestra pendencia y volvernos juntos contra el agresor forastero—sin perjuicio de que mañana, vuelta la normalidad, tornemos a darnos botes de lanza—. Ya que falte, pues, a mis palabras todo otro linaje de autoridad, tienen al menos en este caso la autoridad que da siempre hablar bien del enemigo.»

tema de la influencia doctrinal de Unamuno en Ortega es asunto que, significativamente, los primeros estudiosos de sus idearios no se plantearon. Por ejemplo, César Barja señala las coincidencias que son fruto de sus elementos comunes; Julián Izquierdo no roza la cuestión y Ramiro Ledesma Ramos la reputaría absurda (12). Pero otros críticos más recientes y distantes de los autores estudiados sí lo han señalado. José Sánchez Villaseñor dedica un capítulo a ambos y escribe que «a pesar de tan acentuadas divergencias temperamentales [que deja consignadas], pone admiración la identidad ideológica de Unamuno y Ortega en los temas centrales»; también Agustín Basabe, en el capítulo «Concordancias y divergencias», afirma que «a lo largo de su obra, Ortega y Gasset rehuyó intencionalmente la cita de Unamuno, no obstante que en ocasiones sus ideas concuerdan hasta la identidad con las de don Miguel»; y Juan Manuel Terán, por su parte, en el párrafo dedicado a Unamuno, pregunta: «¿Cómo Ortega no recoge a Unamuno en todo lo que vale?». Pero esos tres estudios son mero resultado de una escolástica de lectores (13). Mas también sucede que Julián Marías, cuyo orteguismo es tan próximo y nada escolástico, tras referirse a «*Del sentimiento trágico de la vida*, escrito en 1912, y las *Meditaciones del Quijote*, de 1914», se ha adelantado a la siguiente afirmación: «Probablemente fué el genial libro de Unamuno el que obligó a Ortega a iniciar ya su filosofía personal, a dar marcha atrás a su tema —el *Quijote*— para tomarlo previamente desde su raíz, es decir, desde una teoría de la realidad, comprometida por el soberano atractivo, la penetración y la irresponsabilidad del tremendo libro de Unamuno. Cuando éste acaba de oponer —con más agudeza y energía que nadie, hay que decirlo— la razón a la vida, Ortega no puede esperar más para llegar a su descubrimiento de la *razón vital*, provocado, alumbrado por la exasperante iluminación de las chispas que Unamuno arrancaba, a golpes, al pedernal de su mente celtibérica» (14); temo que Marías ha incurrido en precipitación al escribir esto, y si algún día procura justificarse será el momento de considerarlo, pero atendido ahora al plano de lo verosímil, es decir, teniendo en cuenta lo que de uno y otro, de Unamuno y Ortega, hoy se sabe, esa con-

(12) CÉSAR BARJA: *Libros y autores contemporáneos*, Madrid, 1935; JULIÁN IZQUIERDO ORTEGA: *Filosofía española* (tres ensayos sobre Ortega, Turró y Unamuno), Madrid, 1935; RAMIRO LEDESMA RAMOS: «Unamuno y la filosofía» (1930), en *Escritos filosóficos*, Madrid, 1941.

(13) JOSÉ SÁNCHEZ VILLASEÑOR: *José Ortega y Gasset*, México, 1943; AGUSTÍN BASABE FERNÁNDEZ: *Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset*, México, 1950; JUAN MANUEL TERÁN: *La idea de la vida en el pensamiento español*, México, 1953.

(14) «Realidad y ser en la filosofía española», *Insula*, núm. 117, septiembre de 1955.

jetura me parece infundada (15). Ocurre que *Del sentimiento...*, aunque redactado sobre viejas notas (conforme Unamuno dice al comienzo de su capítulo final), se remata y fecha en 1912, con una agresión contra Ortega—pues sabemos por Onís, y porque ello es visible, que donde Unamuno escribe «Kultura» hay que entender «Ortega»—que reza literalmente así: «Y vosotros ahora, bachilleres Carrascos del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea, con método y crítica... científicos, haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética, haced y más bien traducid sobre todo 'Kultura', que así mataréis la vida y la muerte. ¡Para lo que ha de durarnos todo!...» (*Obras completas*, IV, 719; Madrid, 1950). Ahora bien; ¿es que a esta expresión y doctrina se le puede poner una continuación? ¿Es que una relación tan áspera y encontrada en el terreno personal es compatible con una eficiente permeabilidad doctrinal en el orden de las ideas?

Para entender bien el modo y grado como Unamuno pudo directamente influir sobre sus coetáneos y sus más próximos contemporáneos, lo que hay que ponderar primordialmente es el testimonio de éstos. Y los testimonios de que el trato con Unamuno era difícil y «rebarbativo» son constantes. El «estilo vital» de un escritor afecta relativamente poco a sus lectores, pero interviene *decisivamente* en sus relaciones e influencias personales. Y el caso de Unamuno debió

(15) En su libro *Ortega. I. Circunstancia y vocación* (1960), Marías ha reiterado esa interpretación sin acreditarla. Mi querido amigo Julián Marías, con quien suelo coincidir en tantas cosas, tendrá sus razones, que sospecho deriven de su temprana y permanente devoción por Unamuno, al que ya consagró un juvenil estudio, «La obra de Unamuno, un problema de filosofía», en 1938. Pero, si no yerro, su atención a Unamuno y las páginas que le ha dedicado proceden del intento de salvar una virtual filosofía, que si Marías ha legado a percibir en él es merced a la filosofía en que otros maestros suyos—y Ortega especialmente—le habían iniciado. Y son cosas distintas, más bien contrarias, el descubrir un antecedente por el que transitó un pensador o hallar, mediante la iluminación retrospectiva que desde su obra se proyecta, gérmenes en los que *a posteriori* se actualizan sus obtenciones. Esa retrospectiva, que es fértil para potenciar y prolongar *a tergo* un descubrimiento, resulta peligrosa y deformante cuando se pretende explicar al antecedente autor desde sí mismo. Otros autores, LUIS RODRÍGUEZ ARANDA—*El desarrollo de la razón en la cultura española*, Madrid, 1962, p. 399—y ARTURO ARDAO—*Filosofía de la lengua española*, Montevideo, 1963, p. 132—experimentan también esa inclinación o incurren francamente en el desliz al abordar la cuestión como si fuese un «tema» y no un acontecimiento de unas vidas, y también J. H. WALGRAVE—en «De Newman a Ortega y Gasset», *Revista de Occidente*, núm. 32, 1965—, a pesar de que algunas de sus afirmaciones sobre este problema aluden razonablemente al plano histórico de la misma, cae en esa fácil tentación. Otros, en cambio, ya se han enfrentado con la interpretación a que adhiere Marías, como FRANÇOIS MEYER, en *L'Ontologie de Unamuno* (París, 1955), y CARIACO MORÓN ARROYO, en «El sistema de Unamuno» (*Hispanic Review*, julio 1964). El explicar a Unamuno desde sí mismo, ateniéndose a sus propias potencias y límites, es, desde luego, un importante problema de la historia de la filosofía en España aún no elucidado, porque requiere una incondicionada simpatía por su personalísima persona de que suelen carecer sus intérpretes.

de ser el superlativo de cuantos ejemplos tengamos, cada cual en nuestra vida, singular experiencia. El testimonio del doctor Enrique de Areilza, contenido en su *Epistolario*, dada su independencia de juicio y la lucidez que muestra, es, probablemente, uno de los más valiosos para hacerse cargo del efecto que en su convivencia producía Unamuno; también me parece útil la semblanza de José M.^a Salaverría en sus *Retratos*, quien entró en relación con Unamuno a través del grupo bilbaíno al que pertenecía Areilza; e igualmente las páginas que le dedica Baroja en sus *Memorias*, de cuya espontaneidad es difícil dudar (16). Maeztu fué en un tiempo el resonador de Unamuno—este dice a Clarín (9-V-1900) que lo ha amamantado—, pero conozco escasamente sus opiniones en esos años; en el libro por él luego repudiado, *Hacia otra España* (Bilbao, 1899), se contienen juicios sobre Unamuno esperanzados, aunque ya reticentes; las ulteriores disputas entre ambos son de sobra conocidas. Otras interesantes impresiones pueden extraerse de los singulares «Recuerdos referentes a Unamuno», del relativamente anónimo *M (Cuadernos de la cátedra Miguel de Unamuno, vol. II)*, en que tan de bulto se señala la reacción de la gente ante él, y sus propios cambios en función del auditorio. Y la impresión que, en suma, se extrae es la de que Unamuno, a pesar de sus calidades positivas—y también, no hay que olvidar la ambigüedad de las cosas humanas, en cierta parte debido a ellas—, fué, en su trato, lo que suele llamarse «un hombre imposible».

Así, pues, si en la acción pública hubo, aunque frustrado, un proyecto común en el ánimo de Ortega, en el terreno doctrinal la influencia de Unamuno sobre Ortega fué nada verosímil a la luz de lo que hoy sabemos o colegimos. Sin embargo, esa influencia tampoco pudo ser nula, sino, por fuerza, de sensible importancia, pero a mi entender de un alcance con signo negativo. Unamuno fué, de hecho, algo próximo a «un filósofo» en la perspectiva de la sociedad española y, por tanto, un riesgo de malogro, un factor de desorientación del ambiente (como debió de serlo, dicho sea de paso, Eugenio D'Ors) para la formación de una adecuada expectativa intelectual pública; a la que pudieran llegar luego las embozadas simientes de filosofía más auténti-

(16) ENRIQUE AREILZA: *Epistolario*, Bilbao, 1964; JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA: *Retratos*, Madrid, 1926; *Nuevos retratos*, Madrid, 1930; Pío BAROJA: «Memorias», en *Obras completas*, vol. VII. Recuérdese, por caso, esta muestra del diálogo Unamuno-Baroja: Unamuno comenta en un artículo de 1906 otro de Baroja, titulado «¡Triste país!», en el que éste afirmaba de España: «Triste país en donde por todas partes y en todos los pueblos se vive pensando en todo, menos en la vida» (juicio, por cierto, bien orteguiano). Pues a ello Unamuno replica: «Desgraciados países los países en que no se piensa de continuo en la muerte, y no es la norma directora de la vida el pensamiento de que todos tenemos un día que perderla». (O. C. III, 790; Madrid, 1950). No es difícil representarse que la relación doctrinal con Unamuno era espinosa.

ca que un profesor de filosofía, *in partibus infidelium*, lanzase a través de unas circunstanciales *Meditaciones del Quijote*, en las que se acogían algunas ideas, por cierto ya expuestas un lustro antes (17).

Entre la obra póstuma de Ortega se han publicado unas páginas complementarias de su ensayo «Una primera vista sobre Baroja», de 1910, y cuyo conjunto resulta ser el estudio que Ortega anunció bajo el título «Pío Baroja: Anatomía de un alma dispersa». En la parte ahora y desde hace poco conocida, y que, por tanto, no ha tenido aún la resonancia adecuada, hay unas observaciones muy pertinentes sobre nuestro tema porque en ellas se describe la impresión de Ortega acerca de sus «hermanos mayores», los escritores de la llamada *generación del 98*. Ortega se refiere con insistencia a la crisis de la conciencia nacional hacia 1890, en la que se desmorona la inveterada mitología nacional, y a la primera labor de saneamiento llevada a efecto por esos escritores cuya aparición Ortega califica de «Irrupción de los Hércules bárbaros» y cuya tarea reconoce que hubo de ser por lo pronto demoledora. Mas luego agrega: «Las gentes que no tienen nada que decir podrán no mostrarse agradecidas. Los que tienen algo que decir saben muy bien cuánto deben a aquellos Hércules bárbaros que tomaron sobre sí la pronunciación de ciertas grandes y elementales barbaridades que habían de ser forzosamente dichas». Los aludidos nominalmente son Unamuno (1864), Valle Inclán (1866), Benavente (1866), Baroja (1872), Martínez Ruiz (1873) y Maeztu (1874); nacidos todos en un lapso de diez años, y el más joven, alejado del propio Ortega por otros tantos. Para Ortega, pues, la obra de Unamuno figura alineada entre las de los «bárbaros», y como le era conocida su superior cultura, agrega en ese lugar: «Todo esto fueron aquellos jóvenes irrumpientes: algunos de ellos apenas si sabían algo. Los que sabían, como Unamuno, hacían como que no sabían. Lo que había en ellos de valor nuevo era su mentalidad catastrófica»; y luego concluye: «De aquí que lo específico de su acción fuera negativo. Crítica, improperios, agresión, rebeldía y perforar las monedas falsas» (*O. C.*, IX, 494). Ya en una carta de Ortega al propio Unamuno, en 1904 (publicada por éste en su artículo «Almas de jóvenes»), le insinuaba esta impresión acerca de la «generación del 98».

La tensión, pues, que en la vida de Ortega se consolidó en definitiva hacia Unamuno fué negativa: «un gran dolor nos sobrecoge ante los yerros de tan fuerte máquina espiritual, una melancolía honda...» escribió en 1909 (*O. C.* I, 132). Y pese a su aproximación final, después

(17) Véase lo que transcribe María de Maeztu de la primera clase de Ortega—octubre de 1909—, en la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, en *Antología. Siglo XX. Prosistas españoles* (Buenos Aires, 1943).

de tantos años de distancia y por una razón «que nos honra a ambos», según Ortega escribe (*O. C. V*, 380)—y que promete contar «algún día», aunque no llegó a hacerlo públicamente (18)—, cuando Unamuno, en sus viajes a Madrid en 1936, aparecía por la tertulia de Ortega en el local de la *Revista de Occidente*, éste, cuenta Ramón Gómez de la Serna, solía ausentarse del cuarto. Ramón un día le preguntó a Ortega: «¿Pero don José, qué le pasa que se va cuando llega Unamuno?», y obtuvo esta respuesta: «Es que no puedo resistir al que quiere hablar él solo» (*En Retratos contemporáneos*, Buenos Aires, 1941). He confirmado esta actitud de Ortega, y sé por experiencia y confianza suya que el trato con quienes disfrutaban de ese defecto era algo que le hacía perder la paciencia, pues aunque disponía de bastante provisión de esa forma singular de la esperanza aborrecía a la especie entera de los «yoistas». Pero, además, me parece plenamente significativo que Ortega, ya en 1947, y en un libro, como *La idea de principio en Leibniz*, se enfrente con el «sentimiento trágico de la vida» para decir que es una «cantinelita» que de Kierkegaard pasó a Unamuno y luego a Heidegger, y tras dibujar con trazo implacable a Kierkegaard en su rincón provinciano, escriba: «Yo he conocido otro hombre sumamente parejo a Kierkegaard y por eso conozco a éste muy bien» (*O. C. VIII*, 302), y resulte transparente que ese «otro» es Unamuno (19).

El tema inverso, lo que Ortega significó para Unamuno es asunto mucho más simple. Por fuerza lo es siempre la relación del hombre maduro con el más joven, ya que las fases decisivas, de máxima porosidad y vinculación con el contorno son siempre las de la propia

(18) Pero sí en familia más de una vez, y en especial con ocasión de su muerte, según me refiere Soledad Ortega de Varela: por el año de 1935, Unamuno reapareció por la tertulia de Ortega en la *Revista de Occidente*, sin que mediara explicación de ello, ni hizo falta que fuese explícita, pues en la dramática fisonomía de aquellas fechas—que hoy podemos encuadrar entre la sublevación de octubre del 34 y la de julio del 36—, en la ascendente pleamar de la violencia en la vida pública vió Ortega la razón indudable de aquella necesidad de reencontrarse unidos, en la que él participó también tácitamente. Me parece fácil imaginar que este hecho habría inspirado a Ortega unas páginas amargas, quizá patéticas, que prefirió aplazar y al fin se hurtó de escribir.

(19) En otro texto de 1934—*Prólogo para alemanes*, *O. C.*, VIII, p. 46—se contiene el siguiente párrafo: «Aunque poseo grandes fauces de lector e ingurgito con impavidez las materias menos gratas, soy incapaz de absorber un libro de Kierkegaard. Su estilo me pone enfermo a la quinta página. Una de las cosas que me parecen más simpáticas es un oso, mas cuando veo a un enorme oso del Norte que prefiere a su dignidad de oso, a su *dharma* de oso, la pretensión de tener piernas ágiles y hábiles para la danza, siento repugnancia... Sospecho, además, dos cosas que someto a la sentencia de los lectores alemanes más entendidos que yo en Kierkegaard: una es que se trata de ese eterno cristiano que no fundamente su cristianismo en algo positivo, ingenuo, generoso y fresco, sino precisamente en el hecho de que la razón sea algo limitado y trágico. Es decir, que ese cristianismo es mera objeción que presume de ser cosa positiva y vivir por sí. Mas toda objeción no es sino parásito. Ese cristianismo se alimenta exclusivamente del presunto fracaso de la razón, se nutre de un cadáver... El hecho de que una cosa sea limitada y trágica no excluye en manera alguna que sea una

juventud; pero, además, en nuestro caso, porque la connatural tendencia al solipsismo, de la que Unamuno estaba tan bien dotado, le hacía especialmente impermeable a toda sugestión. Mas el acertar a representarse la imagen que de Ortega se albergase, en su concreción real, en Unamuno, como cualquier intento de emigrar al punto de vista de éste, resulta un ejercicio intelectual arriesgado. Parece indudable, porque los textos son prueba de ello, que Unamuno sintió la excepcional calidad de la persona de Ortega y, en consecuencia, lo reconoció en todo momento. Y también consta que en su conversación con terceros—cuyo interés antes señalé—le trataba con resuelta aspereza. Así en carta a Juan Arzadun, del 24 de noviembre de 1909, en la que le dice: «Y luego mi batalla con nuestros pedantescos europeizantes. Por supuesto, a Maeztu no vuelvo a hacerle caso. Paso por todo, menos porque se insinúe malévolamente que mi posición mental—la misma de siempre—obedece a servilismo al que manda, y se mienta y desfigure, atribuyéndome cosas que no he escrito. En los bajos ataques que ahora me dirige desde *La Correspondencia* miente como un bellaco. O es un incomprendido absoluto. Le tiene sorbido el seso Ortega Gasset con sus pedanterías kantianas. Este Ortega no ve sino ciencia por donde quiera. La moral es para él ciencia-ética, y el arte y la poesía, ciencia-estética.»

En carta dirigida a Federico de Onís (publicada por éste en la revista *La Torre*, julio-diciembre de 1961), sin fecha, pero que puede situarse en 1910 si, como supongo, se refiere a la oposición ganada por Ortega a la cátedra de Metafísica, le dice: «A Pepe Ortega dale la enhorabuena y dile que si no le escribo directamente es porque no tengo nada objetivo que decirle, y no quiero molestarle con mis arbitrariedades y querellas. Que Dios, el Dios del engaño, le dé luces y fuerzas para engañar a sus discípulos con la filosofía e infundirles la suprema ilusión.» (Es fácil imaginarse el efecto que a Ortega le produciría el recado, si se me permite retornar a la inversa perspectiva.)

Y más tarde, según cuenta Moreno Villa en su autobiografía (*Vida en claro*, México, 1944), hacia 1913, Unamuno compuso algunos versos sarcásticos o satíricos en los que tomaba por víctima a Ortega: «Cuando terminó la lectura—escribe Moreno Villa—, me preguntó: —¿Qué le

incuestionable realidad, tal vez, la realidad. La razón, sobre todo la «razón pura», propende ciertamente a la petulancia, pero no es necrófaga. Brota en la historia cuando una fe muere, pero no vive de esa muerte, sino que se gana la vida con el sudor de su frente. Ese cristianismo es constitutiva y permanentemente fracaso de la razón y desesperación del hombre. Suplanta la tragedia, que es la realidad, por la paradoja, que es un juego mental». A mi juicio, el trasunto de Unamuno es inequívoco, incluso en el enfrentamiento entre la agilidad y la pesadez, sobre que discuten en su correspondencia (*Carta de Unamuno a Ortega*, del 2-XII-1906, y de *Ortega a Unamuno*, de 3-I-1907); por cierto que, como era de esperar, Unamuno fué sordo a la amistosa crítica y alreó su ocurrencia en un artículo

parece? Y yo le contesté: —Que es una lástima. —¿Cómo? ¿Por qué? —Porque es una lástima que anden ustedes a la greña. Ortega es un gran valor como lo es usted. Se quedó recapacitando un poco, hundida la barba en el pecho, y enrojeciendo hasta por el cuero cabelludo. Al fin me contestó: —Pero es de una soberbia... Mudó de conversación; me habló de los filósofos alemanes y en especial de Cohen, con quien Ortega había estudiado, afirmando que su *Ética*, como de judío, era retorcida. Y para esto retorció sus facciones en mueca de asco. Al día siguiente supe que había contado esta escena en su peña del café.»

Pero no faltan algunos lugares en la obra de Unamuno en los que Ortega aparece y bajo luces diversas. En el ensayo «Sobre la tumba de Costa», de 1911 (*O. C.* III, p. 801; Madrid, 1950), le califica de «ansioso de verdad siempre»; luego, en el artículo «La supuesta anormalidad española», de junio de 1913 (*O. C.* IV, p. 1098), se enfrenta con juicios de Ortega aparecidos en un artículo, «Una meditación del Escorial» (publicado en *La Prensa*, de Buenos Aires, el 29 de abril), donde trata de la singularidad del alma española (20). Más tarde, en «Vida e historia» (*O. C.* V, p. 348; Madrid, 1952), artículo dedicado «A nuestro buen amigo José Ortega y Gasset», en el que también comenta otro reciente artículo de éste referente a la actuación de las Juntas de Defensa con posterioridad al 1 de junio de aquel año 1917, le trata con insistencia de querido amigo y aún de maestro; pero, en rigor, el interés del artículo de Unamuno, que versa sobre su tema titular, es que sirve paladinamente para mostrar la incomprensión y desvío de Unamuno al interpretar la orientación del pensamiento de Ortega acerca de esas capitales nociones. En otro, «Teatro y cine» (*O. C.* XI, 525), comenta el «Elogio del Murciélagos» (*O. C.* II, 319), de Ortega, en tono positivo más para llevarle resueltamente la contraria en la relativa estimación de la palabra o la imagen en el espectáculo. Más tarde, en 1933, en «Eso no es revolución» (*O. C.* XI, 676), se refiere a una conferencia de Ortega, «En el centenario de una Universidad» (*O. C.* V, 463), en términos de positiva comprensión, que, por cierto, le fué reconocida por Ortega ya muerto Unamuno, en 1940 (*O. C.* V, 380). Y, posteriormente, en el mismo año, le dedicó una de sus «Cartas al amigo» (*O. C.* XI, 991), muy amistosa en los modos.

Pero, en definitiva, estas alusiones (recuerdo otras sólo nominales; probablemente hay más que ahora no me salen al paso), dentro de la copia de páginas manuscritas por Unamuno en su vida, son prueba de una presencia más bien insignificante, y que sería con justicia sorprendente para quien observe a distancia la vida intelectual española

(20) Con adiciones y supresiones, el texto de ese artículo se reprodujo luego en la revista *España* (9 abril 1915) y en *El espectador*, vol. VI (en *O. C.*, vol. II).

en ese tiempo sin conocer las singularidades de la fallida relación personal existente entre ambos escritores. En cambio, cabría ciertamente agregar una serie de pasajes en los que Unamuno se enfrenta con las ideas que Ortega propaga y sin nombrarle, las zahiere (21).

Desde mi experiencia personal, y en cuanto modesto cultivador de la filosofía, creo que debe reconocerse a Unamuno una profunda sensibilidad para percibir *ciò che è vivo e ciò che è morto* de la filosofía vigente en sus años de aprendizaje y primeros ensayos; pero temo que, a pesar de esa dote, no hizo nada directamente fecundo en la filosofía, ni, por otra parte, él lo pretendió ni ello era su fuerte, sino, según antes [en capítulo precedente] he afirmado, la religión. Mas, a la vez, creo que difícilmente se hallará un escritor ni filósofo que pueda comparársele como *despertador de la conciencia* en la edad juvenil; y, en verdad, que sin una toma de contacto consigo no hay en la vida humana modo de evadirse del vivir sonámbulo, que caracteriza a tantos individuos de nuestra especie, y ello es precisamente el requisito para llegar a la filosofía. El hallazgo azaroso del folleto *Tres ensayos*, que reunía «Adentro», «La ideocracia» y «La fe», tres encendidos estudios de Unamuno, me sirvió de valioso estímulo en ese trance de mi adolescencia. Mas no tema el lector que le importune con privadas confidencias: ésta era inevitable para agregar lo que sigue: En conversación un día con Ortega, vine a expresar lo que dejo indicado, acentuando quizá el signo positivo del contacto con Unamuno. El gesto de Ortega fué de sorpresa y de incomprensión. Al insistir yo en ello, Ortega se retrajo como quien no quiere énter en el téma; pero para cancelarlo me adelantó que Unamuno había significado para él cosas tan remotas de lo que me oía, que no acertaba a representarse mis impresiones. Y más tarde, según Ortega tenía por táctica costumbre siempre que se había rozado apresuradamente algún tema de interés, quiso atar el cabo: «Unamuno en mí y para mí—vino a decirme, según los apuntes que conservo de esa y otras conversaciones—es una herida que no quiero abrir; algo que deseo no tocar porque me revuelve impresiones casi de angustia que prefiero dejar dormidas. No puede usted imaginarse lo que he padecido con él. Y quiero dejarlo estar.» Y también recuerdo que años antes, en una de sus primeras estancias en Madrid tras la guerra civil, alguien habló de la dificultad

(21) Por ejemplo—uno entre tantos—, éste final del preliminar a *El porvenir de España*—su diálogo con Angel Ganivet (*O. C.* IV, 400, Madrid, 1950); que corrobora el caso antes citado de la terminación de *Del sentimiento...*—, donde Unamuno escribe: «De lo que me felicito es de poder contribuir a que sea mejor conocido aquel hombre (Ganivet) de pasión, de pasión más que de idea, aquel gran sentidor, sentidor más que pensador—lo mismo que Joaquín Costa, otro apasionado y sentidor—en esta tierra en que es pasión y sentimiento y entusiasmo más que ideas y doctrina lo que nos falta».

de definir a Unamuno en ocasión de hallarse Ortega presente y, por cierto, en día de animado temple. Le estoy viendo intervenir poniéndose en pie y decirnos que podía darse una muy adecuada definición de Unamuno, pero no verbal, sino mímica. Si Unamuno entrase aquí ahora procedería así, dijo y, atiesado, con los brazos recogidos a ambos lados del cuerpo, los codos hacia atrás y los puños cerrados hacia adelante, hizo como que se iba enfrentando con cada uno de los allí reunidos y que le disparaba un seco golpe con cada puño, y luego inició el mutis. Esto es una real definición de Unamuno—nos confió—. Y luego se extendió sobre el gran valor significativo que pueda contener el gesto... Por fuerza tenía que ser ciertamente difícil que quien vivía con la impresión de una dolorosa convivencia y con tal imagen de Unamuno en sus personales recuerdos pudiese comprender la que generaciones posteriores hemos llegado a representarnos a través de sus páginas (22).

Pero, en cambio, es obligado que no proyectemos nosotros ahora sobre esas relaciones humanas factores abstractos o históricos pero impersonales, que no actuaron en rigor sobre ellas. Podemos juzgar adecuada o funesta su conducta, observar que al margen de su personal actuación, aunque por influjo de ésta, hay un encadenamiento positivo en los efectos sociales de su obra, e incluso que en la perspectiva de la historia del pensamiento filosófico deben situarse consecutiva y, en cierta medida, polémicamente sus idearios; pero cuando se trata de investigar y precisar su mutua relación y personal influencia, hay que intentar adecuarse a la perspectiva, que fué la propia de ellos, y cuya reviviscencia, nada fácil, obliga a prescindir de nuestra imagen y de nuestros sentimientos en cuanto quepa hacerlo. Hay que distinguir, en suma, y por decirlo en términos orteguianos, precisamente entre lo «interindividual» y lo «social», y aquí sólo he intentado ofrecer un bosquejo del primer aspecto. Pues, dicho esta vez en frase de Unamuno, de no subrayar lo individual del caso—conforme él afirmaba

(22) En la parva suma de mis escritos he dedicado a Unamuno los bastantes como para que sea inequívoca mi ferviente estimación por su obra gigantesca (mi libro *Del pasado al porvenir*—Barcelona, 1965—está compuesto en su mayor parte por estudios acerca de él), pero ello no me impide reconocer que salpicó su trayectoria con una malsana y esterilizadora arbitrariedad, e incluso que a veces atizó derechamente feas inclinaciones del alma española: su tendencia a la soberbia, al extremismo, al fanatismo y, lo que es peor, a la confusión mental. Mas, por ventura, estos aspectos de su obra con el tiempo se han reducido y en cambio madurado otros más positivos, y, por tanto, si no es por metódica necesidad no habría por qué recordarlos. Lo subrayo porque, recientemente, en la profusión de escritos sobre él suscitados por el centenario, algunos plumíferos, discípulos de Unamuno en lo que tenía de nada estimable—su erostratismo—han dado en llamar la atención renovando las manidas y estúpidas insolencias que sobre el tema antes cultivaron Quintiliano Saldaña, Ramón Sender y algunos otros, sin olvidar al extravagante escritor que redactaba las «notas oficiosas» por los años veinte.

refiriéndose a Ganivet—, lo obtenido «sería entonces una abstracción, un concepto, un esquema, un filósofo tal vez embotellado en un frasco de la historia, pero no un hombre», y en verdad la posible influencia entre contemporáneos que conviven, se ejerce—o no se ejerce—ante todo de hombre a hombre y por razones que no llegan al tosco olfato de la actitud escolástica ante los textos (23).

La relación entre Ortega y Unamuno—recordé al comenzar—será uno de los capítulos mayores en la historia del pensamiento español de nuestro tiempo. Pero esa vinculación ofrece distintos niveles que importa distinguir. La dimensión «social» e «histórica» de la misma es, sin duda, la más importante. Y sobre ella, en las páginas precedentes, casi nada se dice. Pero sin tener primariamente a la vista lo que en éstas expongo, cuanto sobre aquella relación se escriba resultará, por fuerza, inconsistente. Porque, según también recordé al comenzar, el dato básico es el enfrente de sus personas en la realidad radical de sus vidas, pues todo lo demás son vestigios o efectos ya impersonales de ese acontecimiento en la realidad radical de nuestras vidas respectivas.

Paulino Garagorri
Marqués del Riscal, 9
MADRID

(23) Otros trabajos que, aparte de los mencionados, tienen interés acerca de nuestro tema son: MANUEL GARCÍA BLANCO: «Unamuno y Ortega. Aportación a un tema», *Insula*, núm. 181, diciembre 1961; NEMESIO GONZÁLEZ CAMINERO: «Unamuno y Ortega», apéndice II del libro *Unamuno*, tomo I, Comillas, 1948, y «Circunstancia y personalidad de Unamuno y Ortega», en *Gregorianum*, XLI, 2 (1960); GUILLERMO DE TORRE: «Unamuno y Ortega», en *Triptico del sacrificio*, Buenos Aires, 2.ª ed., 1960; SALVADOR DE MADARIAGA: *España*, Buenos Aires, sexta edición, 1955; EDUARDO ORTEGA Y GASSET: *Monodialogos de don Miguel de Unamuno*, New York, 1958. Eduardo Ortega y Gasset, tan próximo amigo de Unamuno, intenta en su libro—muy valioso en la bibliografía unamuniana—hablar especialmente de la relación entre ambos, con el benévolo designio de suavizar aristas, pero temo que lo que refiere lleva, por fuerza, más bien a la impresión contraria.

Un contemporáneo de Unamuno en quien, sin embargo, éste influyó muy positivamente fué Antonio Machado; lo recuerdo porque, una vez más, la excepción confirma la regla. Y sin duda, porque la bibliografía sobre Unamuno es ya inabarcable, habrá otros testimonios que ignoro en libros que desconozco o no he leído. Pudo ser muy valioso el de Maragall, por su indefectible honestidad, pero su relación tras un primer contacto fué epistolar y no hubo entre ellos el trato convivencial que es el de la perspectiva que aquí me he propuesto destacar frente a las confundentes semejanzas temáticas o literales tantas veces por otros señaladas.